

En la línea con Juan García Ponce*

Gildo González Angulo

Realizar una entrevista con el escritor Juan García Ponce, recientemente galardonado en nuestra ciudad, significa una experiencia por demás interesante. La mitología que envuelve la figura del escritor yucateco es vasta y bien cuidada: su enfermedad progresiva, la aparición de sus novelas y su relación con el mundo cultural mexicano que, a pesar de toda su problemática existencial, lo sigue frecuentando y sobre todo respetando sus mensajes críticos, siempre expresados en respuesta a un análisis en el que conjuga estructura y sentimiento.

La suerte nos comunica con su secretaria María Luisa Herrera, con quien platicamos brevemente de su próxima visita a la ciudad, para estar presente en el homenaje, junto con uno de los hijos del escritor y otros familiares que aquí radican. Le pedimos la entrevista y nos sugiere que se la mandemos vía fax para que el escritor la conteste en los días



Juan García Ponce (1932-2004). Narrador, ensayista, dramaturgo, crítico de arte y catedrático. Con una vasta y reconocida obra en el ámbito internacional, destacó sobre todo su crítica literaria.

Gildo González Angulo. Pintor, escritor y promotor cultural.

* Publicada el 20 de septiembre de 1996, en Mérida, Yucatán, en el periódico *Por Esto!*



subsiguientes y nos la regrese por la misma vía en dos o tres semanas. Conscientes del ritmo que debe tener el periodismo, le insistimos un poco más en la necesidad de hacerlo más expedito y por fin acepta contestar una o dos preguntas breves.

De la lista casi interminable de preguntas previamente escritas, voy seleccionando las que pienso que son más fáciles de contestar o que me interesa conocer de primera mano.

—¿Cómo se siente?

—"Perfectamente —me responde, para agregar de inmediato— pésimo en términos objetivos, muy bien en términos subjetivos que son los que cuentan".

Mi deseo de conocer cuál es en realidad el estado de salud del escritor me lleva a preguntarle: —¿cuál es exactamente el mal que lo afecta?

—"Esclerosis en placas o múltiple. Pero esto no me impide dictar, siempre y cuando haya alguien que lo escuche".

Había leído anteriormente varios ensayos en los que se describe estilísticamente su trabajo e incluso algunas autocríticas en las que el escritor se autodefine, pero no quería dejar pasar la oportunidad para escucharlo una vez más, por lo que decidí preguntarle: —¿cómo definiría estilísticamente su escritura?

—"Como un esfuerzo constante para lograr ese estilo", contestó prontamente.

Durante esas lecturas, me pareció entender que él había comenzado a escribir impulsado por repeler un futuro que veía acercarse rápidamente y que lo dirigía hacia una vida mucho más simple, dedicada a los negocios familiares y fuera del círculo intelectual, a lo que decidió responder con la fuerza de voluntad necesaria para enfrentarse a su padre y convencerlo de su interés por la literatura. Su rebeldía lo había encaminado hacia las letras y, casi sin pensarlo, fue esa rebeldía la que definió su vocación. Decidí entonces preguntarle si estaba en lo correcto al respecto y su respuesta confirma, de alguna manera mi punto de vista:

—"Se puede considerar —su caso— como una rebeldía contra el tedio del mundo establecido".

Al cuestionarlo sobre cuáles eran las consecuencias del erotismo en su literatura nos respondió:

—"Dentro de mi literatura toda, porque considero que la literatura y el arte en general están obligados a abrir el campo de la experiencia".

Después de reflexionar unos breves instantes añadió:

—"El erotismo tiene la ventaja, como la literatura y el arte, de que no tiene moral".

Para entonces no conocíamos de sus planes para el futuro y le preguntamos si continuaba escribiendo. A lo que contestó que:

—"Continúo, inevitablemente o desgraciadamente".

No quiso dar opiniones sobre sus consideraciones de la literatura contemporánea mexicana por considerarse parte de la pelea y aprovechamos para preguntar si le gustaría regresar algún día a su ciudad natal.

—"Me encantaría, pero no sé si me alcance el tiempo".

Ese tiempo en la línea telefónica parece transcurrir mucho más aprisa y su ayudante comienza a sentir pesada la carga de servir de comunicador inesperado, nos comenta de los preparativos para venir a presenciar el homenaje, de los textos que tienen que terminar a tiempo para esta importante fecha y entendemos que hay que finalizar nuestro abrupto interrogatorio. Sólo se me ocurre preguntarle —¿Qué le pediría a la literatura (si es que ésta pudiera concederle algún deseo)?, a lo que me contesta:

—"Que me permitiese llegar hasta ella".

El sentimiento de platicar brevemente con quien ha llenado de imágenes e ideas libros enteros y ha despertado tantos sentimientos que serían incontables debe llegar a su fin, no sin antes comprometerme a no publicar nuestra charla hasta días después del merecido homenaje, cosa que, a regañadientes hemos cumplido.